



Una nueva biografía de Keynes

Trilogía de Robert Skidelsky

Anand Chandavarkar

Keynes ha sido reconocido ampliamente como el economista más importante del siglo pasado. En esta erudita biografía se observa en qué medida su reputación ha resistido al paso del tiempo.

LA PUBLICACIÓN del último volumen de la notable trilogía de Robert Skidelsky —*John Maynard Keynes: Fighting for Britain, 1937–1946*— es una ocasión propicia para evaluar la vida y el legado de Keynes, el economista más creativo e influyente del siglo XX, aunque, como lo sugiere el subtítulo, el libro trata realmente del papel que desempeñó Keynes en la lucha de Gran Bretaña por su supervivencia durante la guerra. Lionel Robbins, encargado de asuntos económicos en el gabinete de esa época, escribió a la viuda de Keynes, la bailarina Lydia Lopokova: “Maynard dio la vida por su país, como si hubiera caído en el campo de batalla”. Keynes luchó estoicamente contra una enfermedad cardíaca incurable, diagnosticada en 1937,

y llegó a ser el arquitecto de la estrategia económica británica durante la guerra y del orden financiero de posguerra. “Su enfermedad no aminoró su energía, aunque quizás haya afectado su discernimiento”, sostiene Skidelsky.

Keynes fue un asesor sin remuneración, y sin cartera, de tres exitosos ministros de Hacienda en 1940–46 (Kingsley Wood, John Anderson y Hugh Dalton). Fue el creador de los sucesivos presupuestos de tiempos de guerra inspirados en su monografía primordial, *How to Pay for the War*, que basaban el financiamiento de la guerra en la teoría de que la absorción, por parte del Estado, del poder adquisitivo a través de impuestos, préstamos y ahorro obligatorio, en tanto que el Estado asigna recursos por medio del sistema de precios, es

mucho más eficaz y equitativa que los controles de precios y otros controles. Según Skidelsky, esto “lo convirtió en el Churchill de las finanzas bélicas y de la planificación financiera de posguerra”.

Parece irónico, entonces, que Churchill lo mencione sólo una vez en los cinco volúmenes de su historia de la segunda guerra mundial, pese a conocerlo muy bien puesto que Keynes era miembro, desde 1927, del grupo *Other Club*, fundado por Churchill en 1919. La omisión no se debe a una falta de estima por Keynes. De hecho, Churchill pidió a John Anderson, al nombrarlo Presidente del Consejo, que llamara a economistas como Keynes, para que le dieran su opinión personalmente. Skidelsky estima que la omisión refleja más bien la indiferencia de Churchill con respecto a los aspectos económicos y financieros de la guerra, y sus consecuencias.

Contribución

Aunque Skidelsky declara que su obra se refiere a las aplicaciones prácticas y no a la teoría, y mucho más a la relación entre política y economía que a las biografías anteriores de Keynes, destaca la influencia de las principales proposiciones teóricas de Keynes. Así, la teoría de la preferencia por la liquidez —es decir la demanda del público de un saldo de caja excesivo— llevó a Keynes a abogar por el dinero barato, los controles de capital y la primacía del ajuste del país acreedor en su plan de unión internacional de compensación. Su *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, un análisis exhaustivo que tiene aplicaciones casi infinitas, sirvió de marco a sus planes fiscales para contrarrestar la inflación y la depresión. Su escepticismo con respecto a la sensibilidad del comercio internacional y los flujos de capital ante las fluctuaciones de los precios y tipos de cambio explica por qué prefiere los tipos fijos a los flotantes. Sus logros principales —el primer presupuesto keynesiano de Kingsley Wood en 1941, el informe sobre pleno empleo de mayo de 1944 y la creación del Fondo Monetario Internacional— fueron, mayormente, obra de otros. Su papel destacado se relaciona más bien con su autoridad y la influencia que pudo transmitir a algunas políticas que de lo contrario no se habrían aplicado o por lo menos no en forma tan asidua. El acuerdo de Bretton Woods de julio de 1944, antecedente de la fundación del FMI y el Banco Mundial, en opinión de Skidelsky, refleja las ideas de Harry Dexter White, Subsecretario del Tesoro de Estados Unidos, más que las de Keynes, no porque técnicamente fueran mejores sino porque los estadounidenses ostentaban el poder, y el fracaso de Keynes durante las negociaciones crediticias entre Estados Unidos y el Reino Unido no se debió a la debilidad de sus argumentos sino a la debilidad de sus armas políticas.

¿Cuál es la clave de los logros y la influencia de Keynes? Es la rara combinación de genio y talento, de carisma y creativi-

“¿Cuál es la clave de las obras y la influencia de Keynes? Es la rara combinación de genio y talento, de carisma y creatividad, y una mente a la vez conceptual e institucional, estratégica y táctica”.

dad, y una mente a la vez conceptual e institucional, estratégica y táctica. Skidelsky opina que había mucho de funcionario público en Keynes. Según el autor, la teoría debe servir siempre a la política, incluso si sus repercusiones superan los requisitos prácticos. El Keynes normativo era el hermano gemelo del Keynes analítico. El pensador y el gurú en materia de política económica eran al mismo tiempo un arquitecto institucional magnífico, que se trate del Banco Estatal en India, la Unión Internacional de Compensación o el Consejo de Artes de Gran Bretaña y el Teatro de Artes de Cambridge. Su perspicacia financiera se reveló durante los períodos en que dirigió King's College, en Cambridge y presidió la Sociedad Nacional de Seguros de Vida.

Un genio solitario

Keynes era un genio solitario, como todos los genios, pero era también el sumo sacerdote que reconoce la importancia de los “levitas”, sin los cuales el genio solitario resulta inoperante. Keynes reconoció que tanto el régimen monetario como el de inversión son principalmente fruto del cerebro, no de Harry White sino de Edward Bernstein (Director Adjunto de

Estudios Monetarios del Tesoro de Estados Unidos y más tarde Director de Estudios del FMI). Sobre todo a él le corresponde el mérito de autor, observó Keynes, que dijo además: “He repasado las cuestiones económicas y lo mismo ha hecho Bernstein, y estamos convencidos de que las operaciones del FMI son sólidas desde el punto de vista técnico”. Cuando se le preguntó sobre la cláusula de recompra, declaró: “Bernstein la redactó y es correcta”. Estos cumplidos suscitaron una moderada reacción de Bernstein que dijo ser solo un levita que sirve a los sacerdotes en su santa labor, que las ideas son de White y que todo lo que hizo fue vestir las con ropaje económico. Keynes replicó: “nosotros, los sacerdotes, necesitamos a los levitas, como las flores necesitan a las abejas”.

En realidad, muchos de los escollos técnicos de las tortuosas negociaciones que terminaron en el acuerdo de Bretton Woods se superaron gracias al perfecto entendimiento entre el levita de Keynes —Sir Dennis Robertson, el economista de Cambridge— y el de White —Edward Bernstein—. Según Skidelsky, Keynes creía que únicamente Robertson tenía la sutileza intelectual, la paciencia mental y el carácter tenaz para seguir todos los detalles y luchar por ellos ante Bernstein. Los lectores pueden preguntarse a qué viene esta alabanza de Robertson, considerado como “la mente más sutil de la economía británica de la primera mitad de este siglo” en la biografía del economista más importante del siglo XX. Hubo otros levitas en la carrera de Keynes, principalmente el “circo de Cambridge”, cuyas opiniones fueron de gran importancia para la obra *Treatise on Money y General Theory*;

Richard Kahn, el inventor del multiplicador; y Erwin Rothbarth quien estableció el marco estadístico crítico de *How to Pay for the War*.

Sensibilidad

Genio e infalibilidad no son sinónimos. Keynes también tenía su talón de Aquiles, su falta de sentido político, según Skidelsky. Noel Annan, el historiador intelectual, observó que Keynes nunca estudiaba las fuentes del poder, la forma en que la sociedad se ve afectada por la estratificación social, ni las fuerzas del control social. Isaiah Berlin, filósofo de Oxford, se mostró poco convencido de que Keynes comprendiera la política estadounidense, pese a sus frecuentes contactos con Lippman, conocido columnista, y la “indiferencia provocativa” de Keynes lo escandalizaba. Harry Hopkins, asesor especial del Presidente Roosevelt, estimaba que Keynes era “uno de esos que se las sabe todas”. Le irritaba incluso la versión estadounidense del inglés jurídico, que llamaba *cherokee*. Sus “malos modales” malograron las discusiones monetarias, observa James Meade, economista de Cambridge y premio Nobel. Skidelsky opina que Keynes era falible como gobernador pero espléndido como abogado. La aguda sensibilidad política que caracteriza la obra *Las consecuencias económicas de la paz, de 1919 y A Revision of the Treaty, de 1921* falta en sus actividades y sus escritos relacionados con la segunda guerra mundial.

Tampoco era Keynes el más fácil de los colegas. James Meade recuerda, de sus épocas en el sector de economía del gabinete, que a menudo debió hacer frente a “la agudeza, la petulancia, la rudeza y la falta de escrupulosidad argumentativa” de Keynes llegando hasta las lágrimas. Los desaires de Keynes no perdonaban siquiera a los más encumbrados funcionarios. En efecto, llegó a decir que los comentarios de Ferguson, Secretario Permanente de Agricultura y Pesca, sobre su plan de existencias reguladoras de 1942 eran “tonterías”. Pero Keynes no siempre se salía con la suya. Su propuesta de remplazar el impuesto a los ingresos por un aporte a un fondo de seguridad social independiente mereció una respuesta sarcástica de Hopkins, Secretario Permanente del Tesoro del Reino Unido: “No me parece que podamos tomar una decisión entre hoy (21 de julio de 1942) y el 15 de agosto sobre la propuesta de Lord Keynes de una estructuración global del sistema de impuestos directos”.

Keynes tenía también otra cara intelectual, que Skidelsky no investiga, principalmente cierto desdén por las estructuras de investigación y los últimos adelantos tecnológicos. El economista sueco y premio Nobel Gunnar Myrdal se quejó de que el trabajo de Keynes, como el de la Escuela de Cambridge, sufre un poco de “la atractiva especie anglosajona de originalidad innecesaria”. El propio Richard Kahn, acólito favorito de Keynes, considera lamentable que Keynes

“Cabe preguntarse qué sorpresas nos depararán sus obras económicas aún no publicadas”
Como el propio Keynes observó, “lo inevitable nunca sucede; siempre viene lo inesperado”.

no mencionara el libro de Myrdal, *Monetary Equilibrium*, en *Teoría general*, que se habría beneficiado de la importante labor de Lindahl y Myrdal sobre las expectativas y del clásico de 1921 de Frank Knight *Riesgo, incertidumbre y beneficio*, considerando que, en la óptica de Keynes, la incertidumbre es la condición de toda vida humana, noción que se remonta a sus primeros trabajos sobre la probabilidad. Este punto flaco llevó a Keynes a conclusiones asombrosas, como su oposición, en 1911, a la industrialización de India en razón de la ventaja comparativa estática del país en la agricultura, mientras que la doctrina de la ventaja comparativa dinámica como base del desarrollo y el comercio internacional se había propagado mucho antes, gracias a Alexander Hamilton en Estados Unidos, en 1791, y Friedrich List en Alemania, en 1841.

Legado

¿Cuál es, en verdad, el legado perdurable de Keynes? Skidelsky intenta responder pero no lo hace cabalmente en su epílogo titulado “A Man for All Seasons?”. Sir Alec Cairncross, distinguido economista, declaró que Keynes era esencialmente un hombre “al que se recordará sobre todo por sus ideas” y que “nunca dijo lo mismo durante mucho tiempo”. Sir Hubert Henderson, economista británico y asesor del Tesoro,

sin duda el crítico más perceptivo y persistente de Keynes, observó que su influencia era demasiado variada como para quedar plasmada en una única obra, como *Teoría general* y que más bien fue un oportunista y un ecléctico hasta el final, que en cierta ocasión escribió al Primer Ministro Ramsay MacDonald: “Lo peculiar de mi posición es, tal vez, que estoy a favor de prácticamente todos los remedios sugeridos desde cualquier ángulo”.

Skidelsky se concentra demasiado en *Teoría general* al evaluar el legado real de Keynes, es decir, la totalidad de sus contribuciones científicas. Siendo el primer economista que consideró la economía en su conjunto, Keynes puede considerarse como el inventor de la macroeconomía moderna. Creó una nueva estructura de pensamiento que concuerda con su posición de toda la vida, a saber, que la economía es una técnica de pensamiento, no un conjunto de conclusiones definitivas, como lo hace notar en la introducción de *Cambridge Economic Handbook Series*. Sus ideas constituyen todavía la matriz más productiva de hipótesis comprobables, la prueba concluyente del rango científico. Entre otras de sus contribuciones menos conocidas, figuran conceptos originales como “la franja de los prestatarios insatisfechos” y las imperfecciones del mercado financiero, que describió en *Treatise on Money* y que constituyen la génesis del análisis moderno del racionamiento del crédito, y la teoría y la organización de los bancos centrales, sobre todo su papel en el

desarrollo, una idea que expuso en *Indian Currency and Finance*. El economista Teodoro Togati ha dicho que Keynes es “el Einstein de la teoría económica”. Keynes proporcionó un nuevo paradigma definitorio y, según Skidelsky, “fue el empresario de su propia revolución”.

Keynes no pretendía ser un economista del desarrollo pero, en un discurso pronunciado alrededor de 1944 ante Sociedad Marshall (conocido gracias al economista indio I. G. Patel) expuso una profunda reflexión sobre la economía del desarrollo: “En última instancia, la prosperidad económica no depende del genio de unas pocas personas sino de la escala en que se pueda producir gente competente en todos los estratos de la sociedad”. En pocas palabras, la competencia masiva del capital humano es la clave para el desarrollo.

Por último, en lo que respecta a su influencia, Keynes es sin duda el economista más citable y más discutido. El frente de batalla sigue situándose entre la economía prekeynesiana y la poskeynesiana, y la interpretación de sus ideas sigue siendo una importante subdisciplina. El adjetivo “keynesiano” es frecuente en el discurso público. Ha sido incluso un personaje —poco agraciado— de la novela inglesa: Barralty, “un financiero mitad aventurero, mitad señor, y totalmente amoral”, en *La isla de las ovejas*, de J. Buchan (1936), una caricatura que reflejaba la opinión que tenían los conservadores ingleses de Keynes, un hombre con un cerebro de primera, pero un carácter de segunda. Evidentemente, la aprobación por parte del mercado parece mucho más decisiva que la opinión incluso más estricta de los pares en el terreno académico. El observador que exclamó “ahora todos somos keynesianos” de hecho reconoció que nos ha educado a todos, y ahora Skidelsky nos instruye sobre Keynes.

Esta obra notablemente erudita de Skidelsky utiliza prácticamente todas y cada una de las fuentes primarias, salvo —y ello sorprende— los trabajos no publicados de E.M. Bernstein de la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill, y la monografía de S. W. Black, que detalla el papel crucial que tuvo Bernstein en la formulación del sistema de Bretton Woods.

El fenómeno de Keynes no se repetirá y, como dice Skidelsky en la introducción, ha quedado entronizado en un monumento literario “a un héroe exitoso, no trágico, un Odiseo más que un Aquiles”, un epitafio adecuado para Keynes. Hasta la fecha, solo unas dos terceras partes de sus escritos se han publicado en una edición de 30 volúmenes, *Collected Writings of John Maynard Keynes*. Los únicos escritos personales de Keynes publicados hasta ahora son *Two Memoirs* — “Dr. Melchior” y “My Early Beliefs”— y tres años de



Anand Chandavarkar, funcionario jubilado del FMI, es el autor de *Keynes and India* (Macmillan, 1989) y fue uno de los oradores invitados en el décimo Seminario Keynes, “Keynes and the Role of the State”, realizado en la Universidad de Kent, Canterbury, Inglaterra en 1991. Los trabajos presentados en este seminario fueron compilados y publicados con el mismo título por Macmillan en 1993.

respondencia con Lydia Lopokova antes de su matrimonio. Cabe preguntarse qué sorpresas nos depararán sus obras económicas aún no publicadas. Como el propio Keynes observó, “lo inevitable nunca sucede; siempre viene lo inesperado”. **F&D**

El tercer y último volumen del estudio de Lord Robert Skidelsky sobre Keynes, John Maynard Keynes: Fighting for Britain, 1937–1946, fue publicado en el Reino Unido por Macmillan, Londres (£25.00); la edición estadounidense será publicada por Viking Press, Nueva York.

Los dos primeros volúmenes: John Maynard Keynes: Hopes Betrayed, 1883–1920, y John Maynard Keynes: The Economist as Saviour, 1920–1937 fueron publicados por Viking Press en Estados Unidos (US\$24,95 y US\$37,50, respectivamente) y por Macmillan en el Reino Unido.

Bibliografía:

Black, Stanley W., 1991, A Levite Among the Priests: Edward M. Bernstein and the Origins of the Bretton Woods System (Boulder, Colorado: Westview Press).

Cairncross, Alec, 1996, “Keynes the Man,” *Economist*, 20 de abril.

Howson, Susan y Donald Moggridge, a cargo de la edición, 1990a, The Wartime Diaries of Lionel Robbins and James Meade, 1943–45 (Basingstoke: Macmillan).

———, 1990b, The Collected Papers of James

Meade, vol. IV: The Cabinet Office Diary 1944–46 (Londres: Unwin Hyman).

Kahn, Lord (Richard), 1975, On Re-reading Keynes (Londres: publicado para la British Academy por Oxford University Press).

Skidelsky, Lord Robert, 2000, “Ideas and the World,” *Economist*, 25 de noviembre.

Togati, Teodoro Dario, 2001, “Keynes as the Einstein of Economic Theory,” *History of Political Economy*, vol. 33.